

ignorantes en la teología, ciencia preeminente en sí misma, y que debía merecer con mucha más razón este concepto á la Cabeza de la Iglesia. Sin embargo, se explicó algunas veces Clemente sobre este punto con una ligereza poco conveniente. Recomendándole un caballero muy principal la colocación de un sobrino suyo, que estaba dedicado al estudio de la teología en la universidad de Paris y hacia en ella grandes progresos: « ¡ qué disparate (respondió el Pontífice) emplear de ese modo á un hombre de vuestra sangre! ¿Qué son todos los teólogos sino unos pedantes que solo tratan de cosas quiméricas (1)? » Este modo de pensar y de explicarse no pudo menos de disgustar á las universidades y á los doctores, y no tardó mucho el Papa en arrepentirse de ello.

La universidad de Paris, que estaba entonces llena de sujetos doctos y virtuosos, y menos estimulados de su propio interés que del celo del bien comun de la Iglesia, tuvo en los bernardos una junta de más de trescientos doctores, y resolvió presentarse al pié del trono á fin de interesar al soberano en la pronta estinción del cisma. Con este primer paso no obtuvo nada de una corte que no habia puesto todavía en duda el derecho de Clemente, y aun el monarca mostró que le desagradaba aquella inquietud en un asunto que se le representó como interesante al estado general de la Iglesia y del reino, mas bien que á un cuerpo aislado de literatos: con cuyo motivo prohibió á la universidad, so pena de incurrir en su indignación, que en lo sucesivo volviese á presentar en la corte quejas ó representaciones acerca de este asunto. Fué esto un motivo de triunfo para Clemente; pero no conocia él la perseverancia de la escuela,

(1) *Hist. anón. t. 1, pag. 199.*

ni se hallaba tampoco en la situación que creía.

Mostró igualmente mucha indiferencia en alejar á una pamesana jóven, llamada Ursulina, la cual tenia gran reputación de santidad: en ella la contemplación, las revelaciones, los raptos, la fortaleza, el don de persuadir, todo, en una palabra, parecia sobrenatural (1). Pasó á Aviñon acompañada de su madre, y se hizo anunciar al antipapa como encargada de comunicarle órdenes del cielo (1391). Fué introducida con grande aparato: al entrar se levantó Clemente de su trono, la oyó sin inquietarse y la dió tres audiencias; pero este fué todo el resultado que tuvo una embajada que se creía celestial. Habiendo declarado Ursulina al Pontífice que su derecho no era legítimo, y amenazándole con la venganza divina si no le renunciaba, hizo ver, como lo habia ejecutado ya otras veces, que las revelaciones y las profecías son unos diques muy débiles para contener el deseo de reinar. Atendió, pues, Clemente á las pruebas del mismo género que pretendia ó creía tener á su favor y que, á ser efectivas, mostrarían que el padre de la mentira puede algunas veces imitar las obras de Dios para acabar de seducir á los que han merecido ser seducidos.

Volvió á Italia la inspirada pamesana, y fué á dar cuenta de su empresa al Papa Bonifacio, el cual hizo que pasase de nuevo á Francia con el carácter de enviada suya: lo que en vez de conciliarla mayor autoridad, solo la produjo malos tratamientos. En este segundo viaje, si se la dió audiencia, fué con el único objeto de ver si se la podia redarguir con sus propias palabras: se procuró intimidarla con amenazas, y se la puso en una prisión; pero parece que el cielo la detuvo en Aviñon para que fuese testigo de la muerte precipitada de Clemente, despues

(1) *Boll. t. 1, pag. 723 et seq.*

de la cual volvió á tomar el camino de Roma. En seguida se embarcó para pasar á la Tierra Santa; y por último murió en Verona en 1410, de edad de treinta y cinco años. Es muy célebre en Italia por una multitud de milagros que se cuentan de ella, por cuya razón la veneran los pamesanos con el título de Beata.

Clemente, cuya muerte acabamos de anunciar con antelación, sostenia por cuantos medios podia imaginar á Luis de Anjou, que con la conquista del reino de Nápoles podia tener un influjo muy grande en toda Italia. Por esto dejaba exhausta la iglesia de Francia para atender á este jóven príncipe; y no cesaba de oprimir al clero con nuevas contribuciones. En el año 1391, habiéndole pedido María, madre de Luis, un socorro en dinero, impuso una décima sobre la renta de todos los eclesiásticos, sin exceptuar á los individuos de la universidad de Paris, sociedad muy delicada en materia de facultades y privilegios. Poco antes la habia prohibido el rey toda queja ó recurso en lo concerniente al cisma; pero tantos hombres, sumamente versados en el arte de argumentar, supieron distinguir muy bien entre el cisma y la décima. Presentó pues el rector una nueva queja, y la adornó con tan vivos colores, que el rey dió palabra de apoyarla en la corte de Aviñon. El ejemplo de la universidad alentó á los obispos, los cuales apelaron, en razón del impuesto, del Papa sorprendido al Papa mejor informado. Este medio ingenioso de defensa, que por lo demás no fué sostenido con firmeza, no produjo efecto alguno; despreció Clemente las sutilezas de los especuladores, y el resultado práctico fué que el clero pagó su contribución.

En el mismo centro del reino y por efecto de las intrigas combinadas de los tres personajes que en él tenian entonces mayor autoridad, á saber: el condestable de Clison,

el caballero de la Riviere y el señor de Noiviant, fueron acometidos los privilegios del clero con un artificio que en esta especie de guerra ha sido casi el mismo en todos los siglos (1). Se fijaron sobre todo en tres objetos que presentaban muchos aspectos diferentes, y algunos de ellos parecian favorables á sus designios. Según la preocupación en que se estaba todavía acerca de la donación de Constantino el Grande, se sostuvo que este emperador no habia podido ceder al Papa San Silvestre el dominio temporal de Roma. Se levantó el grito contra la posesión en que se hallaban los eclesiásticos de condenar y hacer que se impusiese la pena capital á los reos: uso poco conveniente á su estado (decían) y visiblemente usurpado á los derechos inenagenables del trono; y por último, se alegó que los obispos, á fin de estender su jurisdicción, concedían el privilegio ó fuero de la Iglesia á unos hombres que ni aun sabian los primeros elementos de las ciencias. Sobre ser muy poderosos por sí mismos los autores de estas quejas, hallaron quien se declarase á favor de sus ideas, como sucede siempre, aun en el estado eclesiástico. Algunos doctores, especialmente de las religiones mendicantes, que no tenian señoríos ni jurisdicciones que conservar, les hicieron la corte á espensas del clero secular, sin atender más que al interés ilusorio que traslucian en ponerse á nivel con él, y sin considerar que la seguridad de su existencia dependia de la del mismo clero, y que el interés capital de cada uno de los cuerpos de la gerarquía es siempre inseparable.

Despues de haberse hablado mucho en el público acerca de este asunto para prepararle á la ejecución, se dió principio á ella por la Normandía, donde tenia el clero las mejores tierras y la jurisdicción más

(1) *Labour. t. 12, c. 2.*

estensa. La universidad de París se unió entonces con los obispos para defender la causa comun; pero estaba la dificultad en conseguir una audiencia del rey, cercado continuamente por los señores, enemigos del clero y muy influyentes con el monarca. Juzgóse, pues, que la cesacion de las funciones públicas era un medio decisivo. Negada la audiencia, la universidad cerró sus escuelas y salió de París un número considerable de extranjeros. Por algun tiempo pareció que la corte no hacia caso de esto; pero en fin se consiguió la audiencia con nuevos pretextos. Temiendo los ministros al orador de la universidad, hombre incapaz de disimulacion y de dejarse llevar de ningun respeto humano, mudaron de semblante repentinamente y le hicieron callar á fuerza de atenciones y promesas. Despues del exordio y de algunas espresiones bastante genéricas, cuando iba ya á tratar del punto delicado, se levantó el canciller Arnaldo de Corbia y dijo: «El rey no ignora el motivo que os trae aqui, y quiere ahorraros hasta el trabajo de suplicar: ya hubiera condescendido con vuestros deseos, si hubiese sabido antes vuestros privilegios.» Reprendió despues el rey con mucha dulzura á los doctores porque habian interrumpido las lecciones públicas, y les encargó que las continuasen. Lo prometieron asi, y se retiraron muy satisfechos al parecer (1392).

Como la universidad sentia mucho que se la impidiese continuar promoviendo en la corte la estincion del cisma, aprovechó la ocasion que para tratar de este asunto, que no la interesaba menos que sus propios privilegios, se le ofreció con motivo de la llegada de dos cartujos enviados al rey por el Papa Bonifacio. Es de creer que estos dos religiosos habrian ido á Roma para impetrar á favor de su orden, que ya estaba reputada por exenta, un titulo formal

de exencion, como le obtuvieron efectivamente de Bonifacio IX. (1). Este es el primer monumento auténtico que los declara inmediatamente sujetos á la Santa Sede, porque no se distrajesen de la contemplacion y de la santa quietud de su instituto. Bonifacio les entregó una carta para el monarca francés, á quien deseaba atraer á su partido, como principal apoyo del de Clemente, el cual sin él caería muy luego. Le rogaba en ella por la misericordia de Jesucristo, por el celo tan memorable de los reyes sus predecesores, por la gloria y la antigüedad de la Real casa de Francia, en fin, por todas sus cualidades personales, talento, valor, prudencia, fuerza corporal, edad juvenil, riquezas, reputacion, en una palabra, no omitia ninguna consideracion para inclinarle á pacificar la Iglesia y á reparar la negligencia de los príncipes que en todo se ocupaban menos en la causa del Señor (2).

En muy diferente estado se hallaba entonces Carlos VI de lo que se figuraba Bonifacio. Habia ido á pelear contra el duque de Bretaña, el cual dió asilo á Pedro de Craon despues de haber intentado este asesinar indignamente al condestable de Clison. Estaba cerca de Mans al frente de sus tropas, y espuesto á los ardientes rayos del sol, cuando un hombre desconocido y malcarado echó á correr precipitadamente detrás de él, gritando con todas sus fuerzas: «Deteneos, señor, que os hacen traicion.» Para completar la desgracia, se salió de la vaina á vista del rey la espada de un soldado. Y estos gritos, este espectáculo, el calor excesivo y una indisposicion de cuyas resultas parecia que estaba el príncipe fuera de sí y como alelado, todos estos contratiempos reunidos causaron en él una

(1) Bullar. t. 1, Bonif. Const. 3.
(2) Spicil. t. 6, p. 54.

revolucion tan violenta, que cayó de repente en un frenesí, se arrojó con espada en mano sobre todos los que estaban á su lado, mató á muchos de ellos, y persiguió en esta forma á su propio hermano. Aunque esta enfermedad tuvo sus intervalos, nunca se curó perfectamente; de modo que la autoridad ó la preponderancia en los negocios pasó alternativamente á las manos de los tíos y del hermano del rey, los cuales no estaban muy acordes entre sí, resultando de esto que la Iglesia y el Estado experimentasen todo género de calamidades y desórdenes por espacio de mas de treinta años.

Tal era ya la situacion del gobierno cuando llegaron á Francia los cartujos enviados por Bonifacio (1392). Se dirigieron desde luego á Aviñon, donde se hallaba el duque de Berri, que era el príncipe mas adicto al Papa Clemente. El antipapa y el príncipe parecieron igualmente alarmados con esta diputacion romana, se obstinaron en no dar audiencia á los diputados, y en cierto modo los tuvieron presos en la cartuja de Villanueva. Sin embargo, aquellos solitarios intrépidos protestaron que llevaban una carta del Papa Bonifacio para el rey Carlos, y no fué posible quitársela con amenazas ni con malos tratamientos. Habiendo llegado á París la noticia de su prision se aprovechó la universidad de la mudanza ocurrida en el gobierno y de la desavenencia de los príncipes, para emprender con buen éxito la defensa de los diputados presos. Halló modo para hacer que se le oyese, y representó al rey ó á su Consejo que la corte de Aviñon violaba el derecho de gentes, y faltaba al decoro debido á la magestad Real, deteniendo á dos hombres revestidos de un carácter público, y encargados de llevar cartas para el monarca. Se escribió en favor de ellos de parte del rey á Clemente, el cual no se atrevió á hacer resistencia, antes bien mandó poner en libertad á los dos cartujos, y proeu-

ró hacerles olvidar la injuria que habian recibido, prodigándoles demostraciones de bondad y de confianza. Al despedirlos les dijo: «asegurad al rey que estamos dispuestos á sacrificar, no solo nuestra dignidad, sino tambien nuestra vida, porque se consiga la reunion de la Iglesia (1).» Es muy regular que los cartujos pensasen acerca de esta protesta lo que acreditó despues la experiencia.

Fueron muy bien recibidos del rey y de los grandes; pero sin darles ninguna respuesta por escrito, en atencion á la dificultad de calificar convenientemente á Bonifacio en aquella negociacion delicada, se les encargó que le dijese que el rey aplaudia sus buenos sentimientos á favor de la reunion, y que estaba pronto á emplear todo su poder para conseguirla; y para dar una mayor prueba de la sinceridad de los buenos deseos del rey, se escribió á todos los príncipes de Italia, invitándolos á que contribuyesen á la estincion del cisma. Se entregaron estas cartas á los enviados, y se nombraron dos cartujos franceses, uno de ellos prior en París, para que los acompañasen. Todo esto se hizo por consentimiento unánime de los príncipes, á escepcion del duque de Berri que opinó constantemente que se desechasen todas las proposiciones de Bonifacio, como de un anti-papa y de un intruso manifiesto. Los cuatro cartujos llevaron la respuesta á Perusa, donde estaba este Pontífice, el cual espidió poco despues una bula dirigida al rey Carlos. Pero el mismo documento en que se habian fundado las mayores esperanzas, las frustró inmediatamente, porque Bonifacio en vez de proponer á su vez medios eficaces para la paz de la Iglesia, escribió al rey, en su bula de 20 de junio, diciendo veia con dolor que los partidarios del anti-papa Roberto de Ginebra le hubie-

(1) Labour. t. 12, c. 7.

sen fascinado los ojos y le impidiesen distinguir la verdad (ya se ha visto que el rey por no darle título alguno no le había contestado por escrito); que esperaba que el Dios de toda luz le ilustraría y le *haría conocer el derecho incontestable del Papa Urbano VI, su predecesor*; que el único medio de reducir á Roberto de Ginebra y á sus partidarios era no permitir se le siguiera reconociendo en Francia. Cuando llegó la bula, se hallaba el rey muy incomodado de su mal, por lo que la recibieron los duques de Berri y de Borgoña y la abrieron en el Consejo. Llevaron muy á mal que el Papa hablase tan afirmativamente de la validez de su elección, y fué tal su indignación que dejaron sin respuesta la bula y quedaron las cosas en el estado que tenían antes (1393).

Luego que convaleció el rey, volvió la universidad á continuar sus instancias, interrumpidas con motivo de la enfermedad por espacio de cerca de un año (1). La parecieron muy favorables las circunstancias, porque se acababa de ajustar con Inglaterra una tregua de cuatro años; pero Clemente, que atendía á todo, envió á Francia en calidad de legado al cardenal Pedro de Luna, para que frustrase secretamente el celo de los doctores. Tenía el legado á su favor al duque de Berri, presidente del Consejo como primer príncipe de la sangre, y mas apasionado que nunca por Clemente, el cual no le negaba nada de cuanto le pedia. Por otra parte la universidad estaba sostenida por el duque de Borgoña, político hábil y favorable á la union, y obtuvo audiencia y permiso para proponer los medios que juzgaba á propósito para la estincion del cisma. El resultado de la junta que se tuvo á consecuencia de esta propuesta, fué que cada doctor espusiese sus ideas en un escrito

(1) J. Juvenc. p. 40; *Hist. de l'Univ. t. 4, p. 685.*

particular; que se colocase una caja ó urna en el claustro de los maturinos para poner allí estos escritos, y que luego los examinasen y extractasen cincuenta y cuatro comisionados. Todo se ejecutó puntualmente, y se halló que aquel gran número de dictámenes, muy variados en la forma y en los pormenores, se reducian en sustancia: 1.º á la cesion ó renuncia de los dos competidores al Papado; 2.º al compromiso que consistia en confiar los derechos de uno y otro á árbitros que fuesen dueños absolutos de sentenciar definitivamente; y 3.º, en fin, al concilio general. Se resolvió despues que estos tres medios se presentasen al rey en forma de carta, y se dió á Nicolás Clemangis el encargo de escribirla.

Clemangis ó Clamangis, llamado asi por haber nacido en la aldea de Clamange en Champaña, era discípulo del célebre Gerson, á quien aventajó en las bellas letras. Él fué quien renovó este género de estudio, abandonado por espacio de tantos años, restableciendo en su nacion el estilo de los antiguos, y desmintiendo lo que habia dicho el Petrarca, que fuera de Italia no se hallaban poetas ni oradores. Sin embargo, no acertó á preservarse del gusto general de su tiempo al énfasis y á los lugares comunes, ni de la declamacion á que le inclinaba su genio satírico.

Encargado de elevar al trono las ideas y pensamientos de sus compañeros los doctores, despues de un exordio tomado del mismo asunto, esto es, de los males cuyo remedio se buscaba, espone los tres medios indicados para conseguir la union, y se decide á favor de la cesion prefiriéndola á la lentitud y complicaciones del arbitramento y del concilio. Funda sus proposiciones con solidez, á escepcion de algunos rasgos exagerados que son efecto de su natural vehemencia; y concluye generalmente, que si uno de los competidores ó ambos á dos se

niegan á seguir el camino que se les señala, sin elegir otro que sea tan útil y seguro, es necesario condenarlos como cismáticos obstinados, y como mercenarios indignos que sacrifican la Iglesia para saciar su codicia. «No conviene, dice (1), dejarles ninguna parte del gobierno eclesiástico, y es preciso despojarlos de todos los bienes y honores que son el único objeto de sus deseos. Ya no son pastores, ni aun ovejas, sino lobos rapaces que merecen la execracion pública y los castigos que están reservados para los enemigos mas crueles del rebaño de Jesucristo.»

Cita despues el juicio de Salomon y le aplica ingeniosamente á su asunto. «A vos, que sois el mas sábio de los reyes, dice, dirigiendo la palabra á Carlos VI; á vos os corresponde en calidad de tal, y como rey cristianísimo, dar fin á los sobresaltos y al desconuelo de la Madre comur de los fieles. Entre las dos mugeres que altercaban por la posesion de un mismo niño, decidió Salomon que la que consentia en verle dividido en dos pedazos, no era su madre, y que debia adjudicarse á la que queria cederle con tal que se conservase ileso. En vista de este juicio, que será eternamente memorable, está ya juzgada la causa presente. ¿Quién podrá dudar, despues de una prenda tan segura, que será el verdadero Pontífice aquel que se muestre pronto á ceder su puesto y á sacrificar en caso necesario su propia vida para restituir á la Iglesia su unidad, su tranquilidad, su poder y todo su esplendor antiguo?»

Considerad por algunos momentos cuánto padece á causa del espíritu de discordia y de faccion. ¿Qué cosa era mas augusta y mas floreciente que la Iglesia antes del cisma? Pero despues de esta triste division, ¿cuántos son los desórdenes y calamidades!

(1) *Spicil. t. 6, p. 81*

Se confieren las prelacias á unos hombres que no tienen ningun sentimiento de religion ni ningun principio de virtud y de honradez; á unos hombres que atienden únicamente á saciar su codicia y satisfacer á las demas pasiones que los dominan. Ellos despojan las iglesias y monasterios, exigen por medio de censuras y de prisiones y se valen de ejecutores inhumanos para cobrar las contribuciones con que oprimen á los pobres clérigos. Lo sagrado y lo profano, todo les es indiferente, con tal que llenen de oro sus cofres. Por todas partes se ven sacerdotes reducidos á la mendicidad ó á las ocupaciones mas indecorosas. Se venden en muchos parajes las cruces, los relicarios, los cálices y todos los vasos sagrados, por poco que sea su valor, quedando los altares sin ornamentos y arruinándose los templos.

¿Hablaré de la simonía, que dispone sin vergüenza de los beneficios mas pingües, dando la preferencia á los que tienen aneja la sagrada cura de almas? Sin hacer nada, hay una absoluta seguridad de conseguirlo todo con dinero: de nada sirve el mérito y el trabajo, ó mas bien solo sirven para merecer el odio de este mónstruo. Cuanto mas doctos y virtuosos son los clérigos, tanto mas los aborrece, porque le condenan con mas libertad y tienen mejor disposicion para desacreditarle. Pero lo sumo del desorden es haber llegado á vender hasta los Sacramentos del Orden y de la Penitencia, es decir, que se abre ó cierra por dinero, no solo la entrada del santuario, sino tambien la puerta del cielo. ¿Qué diremos, en fin, de la decadencia del culto, de la disciplina y de las antiguas costumbres del cristianismo, tan olvidadas en la actualidad que si resucitasen los padres y pastores de los tiempos primitivos les seria difícil creer que esta Iglesia era la misma que gobernaron ellos?»